

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO -Dimensión imaginaria (Ensayo Poeticista). -Ediciones de Cuadernos Americanos -México, 1953.

Enrique González Rojo ha sabido despertar interés como poeta, y era conocido ya antes de que apareciera éste su primer libro, por conferencias y por inserciones de algunas de sus obras en revistas y periódicos. Nadie puede dudar de que González Rojo tiene talento, e inclusive de que González Rojo tiene talento, e inclusive de que hay en él, con poco, que sepa vigilarse, un poeta de fuste.

En esta **Dimensión Imaginaria** revela, sin embargo, cierta precipitación atribuible a sus pocos años y llega a extremos que difícilmente puede tolerar el género literario a que él se dedica.

La poesía no es un arte que el lector deba gozar después de investigaciones mentales arduas acerca del poema que tiene enfrente; sino que llega en una forma inmediata e instantánea al ánimo de ese lector, produciendo o no produciendo la impresión estética deseada. Aún en el caso de los poetas más herméticos puede afirmarse lo que antecede, y ello a pesar de que conceptualmente sus producciones sean a veces oscuras en exceso. Esa obscuridad no equivale nunca a la ambigüedad de la adivinanza, sino que en todos los casos tiene una explicación en el estado subjetivo del poeta, de suerte que el lector no tiene sino que colocarse en aquel estado para que le resulte inteligible lo que lee.

La poesía erudita, al estilo de Góngora por ejemplo que maneja una gran cantidad de símbolos y términos de comparación elegidos por el poeta en la Historia o en la Mitología, no requiere para su cabal inteligencia sino un nivel cultural análogo al de quien la escribe, ya que se trata en todo caso de conocimientos fijos en el clima intelectual de una época.

González Rojo, en el intento de enriquecer el caudal de imágenes de la poesía llega a extremos como el siguiente:

“Todo, con las tinieblas, se ve como dormido,
¿Qué fotógrafo fue -tu voz murmura-
quien nos ha consentido,
tras abrir una jaula, ver que el pájaro fuera
volando.... locura;
fotógrafo que deja que vuele suavecilla
con el ala tercera
que le brinda la abierta puertecilla?”

Esta estrofa alude a la facultad que tienen las tinieblas para inmovilizar las cosas. González Rojo se ve obligado a explicar en el prólogo que las palabras “fotógrafo” y “pájaro” representan en su poesía dicha facultad. Ahora bien, la justificación de tan extraordinaria asociación de ideas está en aquella frase que los fotógrafos dicen a los niños cuando quieren mantenerlos quietos: “mira el pajarito”.

Como se ve, la imagen puede justificarse poéticamente, pero siempre y cuando suponga que la poesía es para seis o siete amigos del poeta, o siempre que, como que, como en este caso, el poema vaya precedido de un prólogo con explicaciones, que tenga notas al pie de las páginas y que haya una paráfrasis en prosa para que el lector pueda orientarse. Y es que no se trata de una asociación absurda, pero sí arbitraria. No corresponde con el mecanismo mental de los posibles lectores, quienes no son ciertamente incapaces de entender la cosa, pero que por razones obvias no atinan con esta peculiar forma de asociar el pájaro con el silencio, una entre muchísimas posibles.

No conocemos del poeticismo sino por los adelantos que en dosis muy cortas suministra su creador en el prólogo. Sus postulados principales son el de la originalidad y el de la claridad. Razonablemente podemos suponer que el autor trata de conseguir la originalidad usando la clase de asociaciones a que acabamos de aludir con el ejemplo. Y el propio González Rojo se encarga de decir que la claridad está lograda por medio de una versión en prosa de su poema, versión que él mismo califica de hermenéutica.

Como dijimos en un principio, no concebimos a la poesía rodeada de un aparato explicativo que el mismo poeta proporciona. Y es más: creemos que esas ayudas al lector pudieran muy bien revelar falta de sinceridad poética, en el más limpio sentido de esta expresión.

Aparte, existe el hecho de que nunca hubo fundador de una nueva escuela dentro del género a quien le interesase en una forma preponderante establecer la teoría en que se basa su reforma.

La teoría viene después, y la elabora el crítico, no el creador, que trabaja -salvo contadísimas excepciones- por el sólo impulso de conseguir la obra, ajeno a los movimientos que ésta pueda causar en el aire.

Pero González Rojo es, independientemente de todas las razones que hemos esbozado en contra de su teoría, un poeta auténtico, como podrá juzgarse por los siguientes versos que copiamos:

**“Pues se te fue la imagen, y el ondeo
que percibes enfrente
sólo copia la imagen del poniente, sientes un gran deseo
de tocarte la cara, pues supones
que un crepúsculo tienes en lugar de facciones”.**

Creemos poder asegurar que, si bien del poeticismo no quedará nada a la vuelta de algunos años, Enrique González Rojo será, entre nuestros poetas, una figura de gran calidad e importancia.

Suplemento de “El Nacional”

Marzo de 1953.